

Oreani D Sebastian

81-7-A-N 11

755

C. 2532



1883

*Discurso*

*presentado por el Doctor D. Sebastian  
Arcariz y Calcepetes.*

*para optar al grado de Doctor en  
Medicina y Cirujía.*

*Tema.*

*Comparacion entre los grandes y pequeños  
Hospitales.*



25489537



61848735x

Excmo. Señor.



Las ciencias médicas, aplicadas al consuelo y alivio de los desvalidos, contribuyendo a cumplir una de las virtudes inspiradas por nuestra sacrosanta religion, la caridad, se han elevado a la mayor altura y han influido en gran manera a que dirigida dicha virtud convenientemente, llene su fin de un modo mas provechoso para la afligida y desvalida humanidad.

Acada mas grato, nada mas digno que la consagracion de nuestros esfuerzos en busca de los medicos mas idoneos de favorecer al menesteroso, procurar

al enfermo sobre todos los recursos ne-  
cesarios a su pronto restablecimiento, ro-  
dear a nuestros semejantes sumidos en  
la miseria, de todas las comodidades po-  
sibles y apartarles de todo lo que puede  
perjudicarles. A misión semejante se  
encuentran llamados los corazones genero-  
sos, movidos por el instinto de compasión  
del hombre, para aquel de sus hermanos  
que sufre; pero no puede cumplirse de-  
bidamente sin estudios especiales, cuidados  
contínuos y observaciones atentas que  
muy a menudo se olvidan.

Tan luego como del seno del  
Cristianismo, que elevando la digna huma-  
na despertó la conciencia de lo que vale  
cada individuo, salieron los asilos donde  
se cobijan bajo el manto de la caridad  
social, los desdichados seres que a falta  
de una fortuna, llevan unida la pérdi-

da de la salud que constituye su único  
patrimonio; tal con la alimentación de  
una familia; la asistencia facultativa  
se hizo necesaria e indispensable.

El médico, pues, es el que se halla  
en estado de conocer los medios de llevar  
bien y cumplidamente el objeto como que  
está en contacto continuo con todo lo que  
favorece o retarda las curaciones, eleva  
o disminuye la cifra de la mortalidad.

Cuando se fundaron los primeros  
hospitales, y hasta en nuestros días pa-  
rece que el criterio que precedía y servía  
de pauta a la construcción de los edificios,  
era que tuvieran mucha capacidad.  
Grandes y extensos establecimientos donde  
albergar el mayor número posible de  
pacientes, eran las condiciones que se  
exigían a los hospitales; sin acordarse  
de que lo que se hacía con el malgasta-

de celo y que de otro modo es un gran beneficio á las clases necesitadas, se convertia en marcial de infeccion para las poblaciones y causas perennes que se oponian á la curacion de los enfermos y hasta espacion á contraer nuevas y mortíferas enfermedades.

Fueron precisos grandes derroga-  
no, muchas observaciones y siempre el constante anhelo del que se dedica al divi-  
no arte que tantos y tan eminentes hom-  
bres han ilustrado, para que los Gobiernos se convencieran de la precisa, necesaria e indispensable intervencion del médico.

Entonces fué cuando de la obser-  
vacion de datos minuciosamente recogidos,  
de experimentos hechos, de escrupulosas  
estadísticas sobre la duracion y compleja-  
cion de las enfermedades comunes y de las  
que los hospitales tienen el triste privilegio

de producir, se dedujo que condiciones especiales debian contribuir al producir efecto tan fatales.

Entonces fué cuando empezaron á establecerse las reglas que debian guardarse en la construccion, las condiciones de capaci-  
dad, las causas de las producciones hospi-  
taliarias, el porque las afecciones comunes tardan mas en curarse en los hospitales, las circunstancias higienicas que deben reunirse, y en fin, se estudió todo lo que es preciso hacer y es necesario evitar para que en estos beneficios asilos, los enfermos encuentren los medios de recobrar la salud, y no se hallen un medio de foco de infeccion y miasmática que retardan la curacion de sus dolencias y la facilidad de contraer las mortíferas.

Dude que se conocieron los

perniciosos efectos de la acumulación de  
muchos enfermos; se trató de procurar  
los medios de evitarlos, se vió en debatién-  
do las ventajas e inconvenientes de los  
grandes y pequeños hospitales.

Vamos pues á desarrollar  
nuestro tema comparando los grandes con  
los pequeños hospitales, tema de los más  
debatedos cuando se trata de la beneficencia  
pública.

Ante todo, establezcamos el  
límite entre la extensión que representan  
las palabras grande y pequeño tratán-  
dose de hospitales. ¿Que número de enfer-  
mos debe contener para llamarse un hospi-  
tal grande ó pequeño? Levy dice: "Lo  
se rebasaría demasiado si se dejaba á tres ó  
cuatrocientos, los grandes y á diezientos los  
pequeños; y que el número de seiscientos le  
parece excesivo".

Los otros

atendiendo para establecer el verdadero  
valor de las dos palabras arriba citadas  
el parecer de tan eminente higienista, con-  
sideraremos como hospital grande siem-  
pre que el número de enfermos pase de  
cuatrocientos; y pequeño cuando no exceda  
de dicho número.

Convenidos respecto al valor que  
debemos dar á las palabras, vamos á con-  
siderar la cuestión bajo tres puntos de vista:  
Higiénico, del servicio y económico.

Higiénico= Dadas iguales ó semejantes  
condiciones de construcción, lugar que  
ocupan y atmósfera que rodea á un  
hospital grande y á uno pequeño, ¿cuál  
de los dos reúne mejores condiciones higié-  
nicas?

Cuando una atmósfera reduci-  
da ha de servir para la respiración de  
muchas personas, se vicia y se convierte

en germen de variadas dolencias.

Si esa misma atmósfera ha de satisfacer las necesidades de un número de enfermos igual al de sanos, mas pronto cesará de ser apta para vivificar la sangre, aunque no sea mas que por la mayor frecuencia de la respiración.

Un hospital contiene por ejemplo, seiscientos enfermos, y otro solamente doscientos, ¿no es verdad que los doscientos hacen vitificar mas la atmósfera que los seiscientos, y que el aire habrá perdido menos oxígeno y adquirido menos ácido carbonico? Respóndanos con feonon que para cada enfermo se necesitan 45 metros cúbicos de aire que se son indispensables para respirar y respóndanos que en cada doce horas es preciso renovarlos; pues bien: el edificio de los seiscientos enfermos habrá enviado a la atmósfera general para su renovación

veces, tres veces mas cantidad de aire vitificado que el de doscientos.

En un hospital grande las salas son espaciales, de elevacion proporcionada a la longitud y latitud y por consiguiente hay necesidad de mayor fuerza de corriente para ventilar y mayor número o mayores dimensiones en estufas para tener una temperatura conveniente; pero al mismo tiempo seca el aire, que privado del vapor acuoso que naturalmente tiene, lo roba a la superficie de los enfermos que la pone arida la piel. En los pequeños es suficiente para cada sala una pequeña estufa y basta una débil corriente de aire para que se renueve la atmósfera de cada paciente. Ademas de la respiración, la transpiración cutánea y pulmonar, existen una multitud de causas de alteracion del aire, que como todas estan en relacion

directa del número de enfermos del establecimiento: así a la evaporación de las manos, de los medicamentos volátiles, como cloruro, alcanfor, almírcle, preparaciones sulfurosas, de los vapores tomados en la sala, del regado, las luces y el fuego, se juntan las de la sangre de las sanguijuelas y sanguias; las materias vomitadas o evacuadas por cámaras, supuraciones, orines y esputos que forman un aumento a las demás causas que vician la atmósfera y que es preciso tener en cuenta cuando se trata de estudiar los motivos que tan a menudo convierten estos cuartos de beneficencia en verdaderos focos de infección, que no solo impiden la curación de las enfermedades mas comunes, sino que conducen a los pacientes que les rodean de las mas fatales condiciones.

Se nos dirá que el buen olor, la exactitud y diligencia de los enfermeros y

demás encargados de la limpieza harán desaparecer pronto esos materiales que tan de prisa se evaporan, pero aunque no sea mas que un cuarto de hora el de su permanencia en contacto del aire de la sala, ¿dejarán de emitir efluvios mas que suficientes para impregnar la atmósfera de sustancias orgánicas en descomposición y tal vez aun descompuetas?

Por parece que no es aventurar mucho, si decimos que cada enfermo por todos sus emuntorios, da por término medio a la atmósfera que le rodea dos centímetros cúbicos de átomos orgánicos.

¡Calculen un establecimiento de cien enfermos, cuántos centímetros cúbicos de miasmas suministrarán a la atmósfera, y compárenlos con otros que tenga suscientos!

Cuando una gran sala tiene viciada su atmósfera, es muy difícil

su renovación, porque se hace el aire mas  
seco y se adhiere a toda la muebles y  
cristales que sirven de constante obstáculos  
a la acción de todos los medios de lograr  
una buena y completa ventilación. Si esto  
no fuera así, ¿se comprendría que Kribl-  
mann hubiere hallado en el polvo resul-  
tante del raspado de la superficie de  
una pared pintada hacia diez años,  
un 46 % de materia orgánica? Y esta  
proporción, ¿no irá creciendo en relación  
al número de pacientes albergados en  
aquella benéfico edificio?

De la multiplicación de focos  
parece formarse la infección general de  
la atmósfera; y se ve muchas veces, por  
ejemplo, en la viruela, principiar por  
contagio y acabar por hacerse epidé-  
mica. ¿Donde es mas fácil la alteración  
de la atmósfera exterior al edificio, en los

grandes ó en los pequeños?

Lo que sucederá después que el  
aire que rodea a un hospital tenga  
disuelto el germen de una enfermedad  
nada de emanaciones orgánicas, no es  
preciso que lo digamos; y la peste de  
Pera, en Constantinopla producian decirnos  
el espantoso drama que pronunció la hu-  
manidad por las causas que dejamos apun-  
tas.

De todo lo que acabamos de decir,  
¿no se desprende que llegará un momento  
en que el aire que constituye la atmósfe-  
ra parcial de cada aposento, así como el  
total de las atmósferas de todos los apo-  
sentos y parte el que rodea el edificio, es-  
tara impregnado de los miasmias que  
sútiles y casi siempre inapreciables, serán  
indudablemente la causa eficiente de un  
gran número de afecciones? De ahí

la frecuencia con que aparecen en los grandes hospitales los tifus, difteritis, tromangias, gangrena hospitalaria, erisipelas y las ulceraciones interminables.

Es en los mismos difiere que los enfermos estén en las condiciones que requiere su higiene privada; pues a mas de no respirar el aire debido, produce este ambiente y su temperatura es desigual; el movimiento y ruido que reina en las salas les priva del descanso; ven los sufrimientos de muchos y la muerte de otros, escenas capaces de afectar el ánimo mas insensible.

Si nuestra misión no fuera otra, diriamos que la historia de los grandes hospitales es la de las grandes epidemias, y que la estadística que oponen los que militan en la bandera de la idea de grandes establecimientos, nada significa; porque no es hija de una buena

y constante observacion, ni mucho menos se han atenido a las condiciones propias de cada hospital. ¿y sino, que se nos diga; ¿pueden servir de tipo de comparacion las estadísticas mas minuciosamente sacadas de los grandes y pequeños hospitales parisienses? ¿no están en medio de una poblacion inmensa y abutado de enfermos? ¿Se toman estadísticas exactas de cada dolencia y comparase un pequeño hospital con uno grande en iguales condiciones y digamos luego de parte de cual está la ventaja.

Cuanto mas enfermos, mayor numero de servidores y necesidad indispensable de grandes depósitos para suministrar a enfermos y enfermeras cuanto les haga falta. De aqui la necesidad de tener acopio de comestibles, ropa &c. ¿y quien ignora que los alimentos son

¿tanto mas sanos y reparadores cuanto  
mas recientes? ¿o en donde es mas facil  
renovarlo? ¿o en las localidades donde  
se necesitan inmensas cantidades, ó en  
donde basten algunas raciones? ¿o en  
un hospital con doscientos enfermos, ó en  
otro de seiscientos? Los grandes depósitos  
de ropa en contacto continuo con una  
atmósfera eminentemente viciada, ¿pro-  
ducen reunir las cualidades necesarias  
á una buena y sana limpieza? ¿o no  
será precisa la renovación continuada  
de ropas de uso comun y diario?

Bajo los principales puntos de  
vista higienicos hemos considerado  
los grandes y pequeños hospitales, y  
que parece suficiente cuanto llevamos  
dicho sobre la materia para formarse  
un concepto aproximado de cada uno  
de estos establecimientos.

Estudiémoslos

bajo el punto de vista del  
Servicio. Cuantas mas necesidades haya  
que remediar, tanto mayores han de  
ser los medios que para ello se empleen:  
asi es que el servicio de un hospital  
es tanto mas complicado, cuanto mayor  
sea el número de enfermos que alber-  
ga, y no podrá atenderse con la  
misma solícitud uno de seiscientos pa-  
cientes como uno de doscientos, aunque  
se aumente el número de empleados y  
utensilios necesarios.

La vigilancia es casi impo-  
sible y la asistencia engorrosa, porque  
son muchos los que piden á la vez, no  
se les puede servir con prontitud y se  
les mortifica repetidas veces.

La misión del facultativo fácil  
y prolija cuando trata de llevar sus  
auxilios á un corto número de enfermos,

se hace difícil y menos eficaz tratándose de muchos; porque no puede ocuparse científicamente de gran número de afecciones sin detrimento de una buena y concienzuda observación, tratamiento y curación; y porque muy a menudo no le es fácil vigilar sus prescripciones, ni atender si se cumplen y observan sus consejos. No puede entretenerse en conocer al enfermo alentándole, servarle sus escrupulos, darle á conocer el interés que por su salud se toma y lo devedor que le conagra. Además muchas veces se le quitan los medios mecánicos, se le mira con demasiada indiferencia y se le consulta muy poco sobre lo que casi exclusivamente es de su incumbencia.

Con un número reducido de enfermos, el médico tiene mas interven-

cion en todo, y la parte higiénica tan importante en este establecimiento, como casi única y exclusivamente á su cargo y se halla en disposición de conocer las infracciones demandadas frecuentes de las reglas de una sana policía. En tan favorables circunstancias y como por otra parte las enfermedades seguirán un curso mas regular, podrá formar buenas historias clínicas y citados exactos que le serán de gran provecho para sus estudios.

Digna de atención es la necesidad de que vayan apareciendo en el terreno de la observación, de la buena práctica y hasta por el adelanto de la ciencia, la separación de las enfermedades de una misma naturaleza, de otras muy distintas; la formación de los grandes hospitales se opone á la realización de esta necesidad imperiosa. El número

la rama y mil otras afecciones exigen no solo salas separadas, sino pequeñas y médicos especialistas que se dediquen al conocimiento preciso de cada una de ellas, deduciendo datos de las observaciones, comparando las dolencias en distintos individuos, constituciones y temperamentos, viendo las ventajas e inconvenientes, sin temer que preocuparse por el mil peligro que amenaza al enfermo por cada hora de permanencia en el establecimiento, y sin que se vea interrumpida la marcha de la enfermedad o la benéfica influencia del tratamiento, por causas completamente dependientes del excesivo número de enfermos y otros defectos debidos a las condiciones inherentes a los grandes hospitales. La oftalmología que en nuestro siglo tanto y tan rápidos progresos ha hecho y que todavía no tiene

en nuestra patria el desarrollo deseado, ¿no tomaría mas incremento si en los mismos hospitales se construyesen salas apropiadas de corto número de enfermos, que disminuyera las causas de complicaciones y de la aparición de enfermedades propias de los establecimientos grandes?

Los males conyugentes a la reunión de enfermos de distintas dolencias, en particular de las contagiosas, no son tan grandes en los pequeños y se evitan mas facilmente; no toman tan intensas proporciones, porque siendo las salas pequeñas y el número de pacientes corto, se propagarán a pocos y sera mas facil aislarlos.

Tambien los farmacéuticos podrían satisfacer las peticiones del facultativo con mas orden, menos expuestas a errores lamentables y con mas prontitud.

Las

admisión de los enfermos en los grandes  
hospitales está mas expuesta a dilaciones,  
arbitrariedades y molestias; y en aquellas  
que hay salas destinadas a ciertos ejer-  
cios y determinadas enfermedades, la  
acumulacion en dias de mucha entrada  
hace imposible clasificarlas bien. Hemos  
visto en una sola noche de decaído, infec-  
cionarse una sala entera de cuarenta ó mas  
camas, de virus contagioso ó de ~~animales~~  
y plantas parasitas. En los pequeños,  
los encargados de la recepcion de los enfer-  
mos conocen mejor el estado del estable-  
cimiento lo que facilita que estos encuen-  
tran pronta acogida, sin obligarles a  
que permanezcan en la portería horas  
enteras por tener que cubrir formularios  
engorrosos y muy a menudo inútiles.  
No sera comica que trata de engañar,  
porque comprende la minuciosidad con

que se les examina, y como habrá la  
facilidad de tenerlos en una salita de  
observacion, se les designará en acierto la  
sala que les corresponda segun su enfer-  
medad.

Cuanto menos hospitales gran-  
des haya en una nacion, podra haber  
mayor numero de pequeños distribuidos  
en todas las poblaciones, aun en las de corto  
vecindario; esta circunstancia les pondrá  
mas al alcance de los enfermos que  
para ir a ellos han de sufrir largos  
transportes en extremos perjudiciales, y queda-  
rán en su pueblo mas en contacto con el  
circulo de sus parientes y amigos.

Alguna vez hemos sostenido la con-  
veniencia y hasta la necesidad de la creacion  
de hospitales en muchos de los mas poblados  
partidos judiciales, por las infinitas ventajas  
de la facilidad de encontrar la facien-

tes que están apartados de los grandes centros pronto acogida, no correr el peligro que trae consigo el acumulo de enfermos, y la mayor ansiedad, esmero y pronta interes, aunque son tratados cuanto necesitan, como por precision debe suceder en manos de personas que por no estar de continuo entre el roce y espectáculos de las grandes y continuadas miserias humanas, no han tenido ocasion de barmira, el corazon por una capa de indiferencia e insensibilidad, que pudiera endurecer o mejor espuesdermir el sentimiento, haciendo desaparecer toda compasion y de consiguientemente la amabilidad y el carino.

Por último, en los hospitales pequeños como ya hemos apuntado, no ocurren tanto caos, tantas escenas que abaten la moral del enfermo y afectan su sensibilidad, haciendole participe involuntario

de los padecimientos de los demás, ni se le deja a la vista espectacular refugios antes que los enfermos puedan remediar, y cuando murran son mejor vigilados por superiores cuya autoridad es tanto mas acatada cuanto mas reducido es el número de sus atenciones y entonces puede buscarse observar debidamente el cumplimiento de las prescritas reglas.

Económico. Aun cuando la comparacion de los hospitales grandes y pequeños, bajo el punto de vista economico, pareciera ajeno a las atribuciones de la medicina, hecos es que llame nuestra atencion, porque entraña dos cuestiones al cual mas importantes: la de atender a mayor número de pacientes lo ocurre, y la de poder aplicar los fondos sobrantes bien a la creacion de nuevos establecimientos, bien a la conservacion y mejora de los existentes.

La parte

económica del servicio está a favor de  
los grandes hospitales. Igual personal  
directivo y administrativo de un hospital  
pequeño, puede satisfacer a uno grande,  
en até un número determinado de emple-  
ados podrá atender a mas enfermos en  
un tiempo dado y por lo tanto resultará  
un poco mas cara la existencia de los  
pequeños. Este aumento de gastos tal vez  
podría equilibrarse con la menor perma-  
nencia de los enfermos en los establecimien-  
tos, el menor capital invertido en la  
compra de grandes accion de sustancias  
alimenticias, utensilios del mobiliario, ropas  
mas S. S. y tal vez hasta el menor  
detenimiento de todas las mudas y particular-  
mente de la ropa que espuesta a conti-  
nuas cobadas y no intermispidos usos,  
se las sujeta a' medio artificiales para  
secarla. Sin aburrir a' que se presta el

manejo de grandes capitales, a' la menor  
intervencion de los empleados destinados a  
vigilar y hacer cumplir los articulos  
prescritos por el reglamento que rige en  
el hospital, y como hemos dicho, que la  
fuera de accion y de vigilancia está en  
razon inversa de la esfera en que se ejerce,  
y de mayor número de individuos y enas  
en que se ha de fijar la atencion, com-  
pensan a' nuestro parecer tal vez con  
exceso, el déficit que podría arrojar.  
La comparacion del presupuesto de un  
grande con un pequeño hospital.

Lo escatimar nada de lo que  
puede contribuir al pronto y fácil alivio  
de los pacientes y feliz terminacion  
de las dolencias; suprimir todo lo super-  
fluo, inútil y que menos se tora, con  
el objeto a' que se destina, es la princi-  
pal pauta que hay que seguir para

el régimen económico de estos asilos de beneficencia, pues parece hasta ridículo el lujo al lado de la miseria, y un excarnis costearse los suprimientos con las comodidades de los sibaritas.

Tales son las buenas y sanas consideraciones que se destacan de este importantísimo asunto que ha ocupado á eminencias tan respetables como Scherz y hombres tan científicos como Jensen, Stoll, Levy y otros muchos.

Grupo lo tres puntos de vista en que hemos comparado los hospitales grandes con los pequeños, ha resaltado siempre de una manera culminante la ventaja de los segundos sobre los primeros.

Higiénicamente considerado la historia dice: que cuanto mayor número de enfermos se han acumulado en un edificio, aunque

hayan reunido los hospitales las condiciones que respecto á las necesidades de una buena respiración los antiguos hombres han experimentado como lo anteriormente citado, la aparición de las afecciones propias del desprendimiento de sustancias orgánicas en descomposición, no se ha hecho esperar, y la cifra de las defunciones producidas por el tifo miasmático, la gangrena hospitalaria y el "D." ha subido á una cifra fabulosa.

Las medidas tomadas disminuyendo la capacidad de las salas, no dan el resultado apetecido, y no tienen otras ventajas que hacer más difícil la vigilancia y disminuir los resguardos espectáculos que deprimen la moral de los enfermos.

Los medios de ventilación y calefacción son más complicados, difíciles de practicar, y siempre menos eficaces en los

grandes que en la pequeños, por las razones espuestas.

La misión del médico es más difícil de llenar, ya por el demasiado trabajo e imposibilidad de hacer valer los medios morales tan indispensables según las afecciones, ya porque cuanto más número de enfermos, menos se ven curar las dolencias crónicas, como escrofulas, exorbitos &c.

La ciencia, que parece debió sacar tantos provechos para sus progresos, ve sus esfuerzos estériles, porque aun cuando los médicos que emplean los facultativos sean oportunos como requiere un buen tratamiento, las complicadas multiplicaciones resultante del desarrollo de las dolencias contagiosas y epidémicas se lo impiden; y se ve perder más de la tercera parte, a lo menos, de los operados que en la práctica particular no llegaría con mucho a la

décima, como lo prueba la visita de un habil Cirujano que cuando tenía un número reducido de pacientes, las deficiencias de sus operados eran insignificantes y aumentaron notablemente luego que se le aumentaron el número de camas que cuida.

Los grandes hospitales inutilizan, a menos de darles colocadas proporciones, la separación de los enfermos según sus dolencias: así se ve muy a menudo una oftalmía al lado de una exorbitina; un tifo a lado de una intermitente, una tisis al lado de una epilepsia &c. donde resultados sean fatales como suceder estubiese de su simple cortejo.

El mayor servicio, el más estenso radio en que giran los empleados, hace menos eficaz los multiplicados trabajos de los diligentes, y menos vigilantes los dueños y a veces los abusos de la mal conven-

dos con el cumplimiento de sus deberes.  
Cuanto mas numerosa la administracion,  
tanto mas dificil es atender a todas las  
necesidades, y en los grandes establecimientos  
se han colijado las mas grandes y pesadas  
faltas, a' abusos y errores. La atencion  
se ejerce "en razon directa de la masa,  
o' inversa del cuadrado de la distancia";  
fuerz probemos decir que la admón. se  
ejercera' con mas eficacia "en razon  
directa de un menor atenciones e' inversa  
del mayor aumento de negocios"

La parte economica es la unica  
que hemos visto ser un poco desfavorable  
a' los pequeños hospitales; pero ademas  
de que el mayor gasto es el personal,  
en los aparatos quirurgicos, en los becos y  
en todos aquellos servicios que lo mismo  
sirven para tres que para mil indivi-  
duos, se hemos visto compensado con la

menor estancia de los pacientes en los  
establecimientos, con la mas facil vigilan-  
cia en el empleo de los capitales, y hasta  
del uso de las sustancias alimenticias, y  
del mobiliario del establecimiento.

Solo esto caido a' que es cosa  
probada que aumenta considerablemente  
el número de entradas cuando se ha  
tenido la desgracia de que la atmosfera  
general se haya viciado por los nume-  
rosos focos que representan los grandes  
hospitales, desaparecera' la insignifican-  
te economia que arrojan estos sobre  
aquella, mayormente si consideramos  
que vale muy poco los millones al  
lado de los padecimientos que se evitan,  
y las victimas que se arrastran de las  
garras de la muerte.

Si desde el principio de una  
cuestion han debatida y encarnizada

mente sostenidas por ambas partes, así  
para lo que eran lo grandes como lo que  
propiciaron los pequeños hospitales se hubiese  
plantado en los términos en que lo hace  
Ley, estamos seguros no hubiera habido  
necesidad de comparaciones minuciosas,  
de estadísticas más ó menos exactas  
y adecuadas al asunto que se trataba  
de aclarar e ilustrar.

Efectivamente; si se hubiera sabido  
que cuanto mayor sea el número de  
enfermos acogidos en un hospital, tanto  
mayores son los focos de infección, las  
probabilidades de que se presenten las  
enfermedades contagiosas y epidémicas  
que dan origen a estos beneficios establecimien-  
tos, y que no es raro sean el origen de  
arotes que decimaban las poblaciones y llevaban  
el luto y la devastación a naciones enteras,  
y que todo lo demás eran puntos de vista

secundarios, que aunque muy dignos de  
ser apreciados jamás deben tener el  
privilegio de figurar en primera fila,  
confundiéndose lo principal con lo accesorio,  
lo eminentemente útil e indispensable,  
con especias raras y sistemáticas.

Seguendo ese camino, se podría  
ya llegado muy pronto a un acuerdo  
y a la fórmula realizable allá en toda  
nueva, pero ideal el la actualidad.  
Devolver este ramo de beneficencia a los  
primeros tiempos de las sociedades, donde  
la hospitalidad era la caridad al lado  
del carino, los favores unidos al recono-  
cimiento y satisfacción que dan el conuen-  
cimiento y conciencia de haber obrado  
bien. Se hubiera convenido en que  
cuanto menor número de enfermos recu-  
rido haya, más facilidad de obtener

curaciones, menos defunciones y menos  
riesgo para los pueblos, que efecto de la  
miseria social ven aumentar considerable-  
mente el número de los pacientes en los esta-  
blecimientos benéficos, y consiguientemente las  
probabilidades de mortandad y peligro  
de epidemias.

A la hospitalidad llama-  
da "doméstica", pues es, a la que  
debemos aspirar todo lo que conociendo  
los inmensos beneficios que reportarían las  
clases menesterosas con el desarrollo de un  
provechoso medio de socorro al indigente  
en caso de enfermedad sin privarle de  
multitud de gozos de familia y sociedad  
a que está acostumbrado, no olvidando  
los inmensos e indefinidos peligros que  
corre el enfermo al acinarlo en los hospi-  
tales y demás asilos destinados a socorrer  
la precariedad humana. No se necesita

mucha elocuencia ni mucho estudio  
para comprender las ventajas que  
ofrece al enfermo el no tener que se-  
pararse del círculo de las afecciones  
en que ha vivido muchos años rodeado  
del cariño de su familia y lejos de las  
emanaciones putrefactivas que irremisible-  
mente han de desprenderse en toda reu-  
nión de mayor ó menor número de  
pacientes.

Los auxilios de la medicina  
serán eficaces, los remedios propinados  
más útiles y la cifra de la mortalidad  
disminuirá notablemente, pues habremos  
separado las innumerables causas  
que se oponen a la buena dirección  
de los cuerpos higiénicos, y eficaz es  
esperar que el médico y las sociedades  
empleen para devolver la salud a  
las clases menesterosas.

Hemos

Llegados hemos, Señor, al término de nues-  
tra tarea: en ella hemos procurado de-  
mostrar, por los conocimientos que actual-  
mente se poseen y los pocos que nuestro  
escaso talento nos ha sugerido, que com-  
parando los grandes con los pequeños hospi-  
tales, se viene á deducir que bajo todos  
conceptos y sobre todo por lo que concier-  
ne á la facilidad de curar las enfer-  
medades, reducir de comodidades á los pa-  
cientes, disminuir la mortalidad y evitar  
focos de donde toman origen devastadoras  
plagas que destruyen las poblaciones,  
"Los establecimientos reducidos ofrecen ventaja  
á los grandes." No dicho.

Sebastián Orcaroz y Calderín

Madrid 29 de Noviembre 1883-

Leída ante el tribunal el 3 de Diciembre  
de 1883

El Sr.  
Juan de Santago

